

Servir alegremente¹

1. Los educadores saben bien que el empleo de los contrastes ayuda a transmitir mejor los mensajes. San Marcos, en el texto de hoy, nos ofrece un evidente contraste. Mientras Jesús intenta mostrar a sus discípulos el áspero camino de la cruz. El camino dispuesto por el Padre Eterno para nuestra salvación, ellos se enfrascan en una discusión sobre quién de ellos era el más importante. Algo parecido a aquella ambición que se nos narra en otro pasaje, cuando se empeñan en sentarse a la izquierda o a la derecha en su Reino. El contraste es patente. Mientras Jesús propone sacrificio, entrega y humildad; los apóstoles se dan codazos entre ellos para buscar privilegios, egoísmo y vanidad.

Pero Jesús, con paciencia infinita, no se extraña de la debilidad humana. La asume con serenidad y realismo y la corrige con firmeza. Primero con una frase elocuente: *Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos* (Marcos 9, 35). Y luego con un gesto conmovedor. Toma a un niño, lo pone en medio de ellos, lo abraza y les dice: *El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe. Y el que me reciba a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me ha enviado* (37).

Se ha destacado que estamos ante una de las poquísimas expresiones físicas de ternura por parte del Señor. Al abrazar a aquel niño, Jesús le da una especial fuerza al argumento. Señalando su viva predilección por la inocencia y sencillez de los niños, hace más claro el contraste con la astucia y complicación que tantas veces caracteriza el comportamiento los mayores.

2. La escena, como siempre, es actualísima. Estamos inmersos en una cultura que constantemente gratifica lo externo, lo material, lo aparente... Se reconoce y aprecia el éxito económico, profesional o deportivo. Se busca con afán la belleza física, el dinero, el reconocimiento y la admiración de las personas. Mientras que la sencillez, el pasar ocultos, la modestia y la humildad se desprecian.

Recuerdo que hace muchos años, siendo adolescente, cayó en mis manos la portada de un disco (*long play*, se llamaban entonces) de Frank Sinatra. Para expresar la cumbre del éxito en que se encontraba aquel artista, en la portada se representaba el brazo de un hombre (evidentemente, el suyo), con una manga negra muy elegante, camisa blanca de doble puño y una lujosa mancuernilla. Tenía, además, entre los dedos un cigarro y, alrededor, unos diez o quince encendedores dispuestos a encenderlo. Viendo aquello yo, en mi inconciencia juvenil, suspiraba pensando: *¡qué bruto, qué bárbaro, qué exitazo...!* u otras tonterías parecidas.

Con la ayuda de Dios, pronto me di cuenta de lo equivocado que estaba. En el Evangelio aprendí a valorar otras cosas. Especialmente el amor, la sencillez, la humildad y el servicio. San Josemaría lo expresa de modo rotundo: *Lo que se necesita para conseguir la felicidad, no es una vida cómoda, sino un corazón enamorado* (Surco 795).

¹ Homilía del domingo XXV del tiempo ordinario, ciclo B.

3. La experiencia misma de la vida y la formación cristiana nos deben ayudar a romper esos falsos espejismos que tantas veces nos quiere imponer la cultura dominante. Miremos con atención a Jesús. Nos refiere san Juan que antes de la Última Cena, tras lavarles los pies a los apóstoles, les dijo: *Yo les aseguro (...) si entienden esto y lo ponen en práctica, serán dichosos* (Juan 13, 16-17).

Tenemos que asimilar a fondo estas lecciones. Incluso cuando a lo largo de la vida se presenten fracasos humanos, contrariedades imprevistas, problemas de salud... También en esas circunstancias podemos y debemos ser dichosos, verdaderamente felices, si procuramos ser humildes y serviciales. *Servir: ¡qué cosa más hermosa!*, exclamaba san Josemaría.

Más o menos por la época del recuerdo que antes mencioné, yo solía leer asiduamente las tiras cómicas de Charlie Brown. Ese *adorable perdedor*, como a veces se le ha llamado. Y, además de diversión, no era infrecuente encontrarme ahí importantes lecciones. Es bien conocido que Charles M. Schulz, su creador, era un hombre profundamente cristiano (luterano) y que el Evangelio fue como el trasfondo de muchas de esos cartones, de ese *humor con mensaje, para que no sea débil* que él siempre buscaba transmitir. La lucha del pequeño Charlie por sobreponerse cuando se le cae la bola de beisbol en pleno juego, o se le enreda la cometa en el árbol; el manejo de sus inseguridades y frustraciones con optimismo inquebrantable, es claramente cristiano. Y muy aprovechable hoy día.

4. Volvamos los ojos a Cristo. A aquella inagotable sentencia: *el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir* (Mateo 20, 28). Y esforcémonos en llevarla a la práctica en la convivencia diaria. Y, con Cristo, miremos también a María. ¡Cuántas luces sacaríamos al recordar que en la escena de la Visitación, ella *se encaminó presurosa*, al encuentro de su prima Isabel!

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 23 de septiembre de 2018